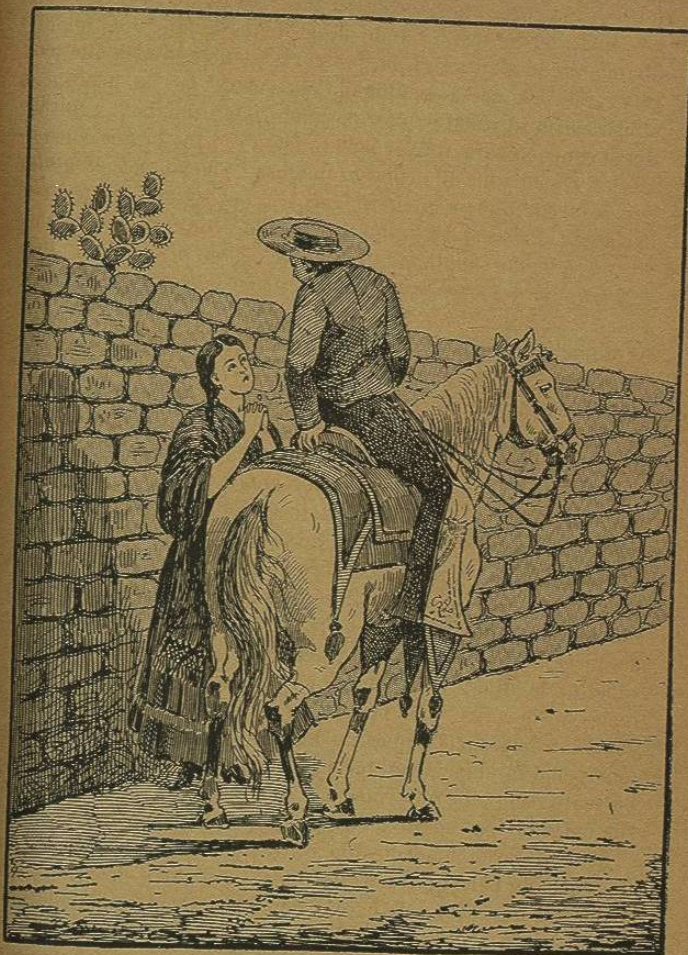


tense, niñas, que ahí viene el ganado! Todas corrieron azoradas alzándose los tunicos y dando de gritos para subirse al tablado abandonando á su presa, la que no tuvo tiempo más que para repegarse á la cerca temblando de susto, me le acerqué á cubrirla con el caballo inter pasaban los animales, y mirándome con una cara muy consternada abrió los brazos, me enseñó el clavel y me dijo con voz quejosa : *¡Me lo querian quitar esas infames!* Luego lo cubrió con el rebozo y en tono resuelto exclamó : *Primero me quitarian la vida.* Juntó sus dos manos y con ademán suplicante prosiguió : *¡Por el amor de Dios, D. Pepe, que me socorra, vd. será mi ángel salvador, no me abandone!* y se le llenaron los ojos de agua. — Nunca, Clarita de mi alma, le contesté, cuente conmigo, mi corazón y vida le pertenecen, ahí hablaremos, disimule, no demos en qué sospechar, váyase al tablado, y confíe en Dios. Todo esto ocurrió en el corto tiempo que dilató el ganado en pasar por enfrente de nosotros ; la fui cubriendo con el caballo para el lado de enfrente hasta la puerta de golpe que entraba para el potrero, sin que ninguno viera ni escuchara lo que hablamos : encontré á tío Marcelino y le dije : Tenga mi belduque, tío, váyase á cuidarme esa niña, y si alguna persona la ultraja, métaselo hasta las cachas, mas que nos lleve sataná. Ella oyó algo y con mucho disimulo me hizo seña de que no hiciera tal cosa; entonces, mudando de tono, al ver que se acercaban otros de á caballo, le dije : Guárdemelo en unión de mi jorongo y mi reata, no lo vaya yo á perder en las carreras. Con este hecho cubrí las apariencias, pues no había notado que las del tablado tenían fija la atención en mí y por si acaso se maliciaron algo, bastante recio dije mis últimas palabras para que llegaran á sus oídos, al entregarle todo al viejo Marcelino.

Se nombraron cuadrillas de á tres jinetes, hicieron lienzo los de á caballo para que las reses tomaran el carril derecho y comenzó el traveso, echándoles tres toros á cada cuadrilla uno á uno. En la primera fué el amo, el subprefecto y otro de los convidados del pueblo, en la segunda me tocaba mi turno con un catrincillo huizachero del juzgado, muy fachosito, y otro por el estilo sobrino del vicario, y las demás se formaron con el restó de los concurrentes, no entrando en esta diversión el



El diablo y la loca.

juez de letras, el cura y otros señores. Luego que subió Clarita, siguieron las otras á la carga y la fueron acosando tanto, que tuvo que irse á sentar en las tablas, entre las sillas del cura y D^a Rufina; hasta allí siguieron molestándola con tal necesidad, que la vieja se impacientó y le dió un manazo á una de ellas, diciendo: Caramba, niña, cómo molestan á esta pobre criatura. — Pues que nos dé ese clavel que dice que le dió el Diablo, replicó otra.

— ¿Por qué se los ha de dar si es suyo? déjela con su idea, no sean pesadas. — ¿Qué sigue con su extravío? preguntó el cura. — Sí, señor, cada día se va poniendo de remate, eso me aflige demasiado, me está acabando la vida, y como tengo un corazón tan sensible y la quiero tanto, no tengo un instante de gusto, ahora verá vd. — ¿Mira, niña, le dijo tocándola con el pie, que te dió algún clavel tu Diablo? Ella alzó la cara, se descubrió el pecho y respondió con semblante alegre: Este. Lo besó con fuego y lo volvió á tapar. — ¿Qué quieres mucho á tu Diablo cortejador? — Mucho, mucho, mucho, y siguió repitiéndolo continuamente. — ¿Tendrás muchos diablos que te persigan? — Así, así, así, y meneaba juntos los dedos de las dos manos, con tenacidad. — ¡Pobre niña! exclamó el cura, ¿y no tiene otras ideas? — No, señor, pues hablándole de otra cosa nada comprende, es un zoquete, una bestia enjalmable, me parte el alma y no me he podido resolver á que se la lleven á un hospital. Como yo la crié, la apreció como á mis hijas propias, con quienes da taba todos los días y me las tiene entretenidas, aunque mucho me temo que un día se le cargue la locura y me les dé una agarrada; ya tiene algún tiempo de estar mansita, pero antes era furiosa, temible, hasta á mí se me arrojó con un palo y me hizo una rotura de cabeza; por eso siempre ando regañando á mis hijas para que no la toreen, y la dejen por la paz. Yo no perdí una sílaba de todo, y más y más crecía mi odio contra aquella vieja coquetona y embustera.

Los de la primera cuadrilla quedaron de los perros, dos toros se les fueron limpios y otro se les embraveció á media carrera, sin haberle tentado la cola. Me tocó mi turno, y entusiasmado por quedar bien á presencia de mi adorada, ayudado de mi

regular caballo, les di cinco caídas á los tres toros, mientras que mis compañeros me seguían de lejos abriendo la boca y apurando sus charchinas con pies y manos; al volverme para el grupo de los de á caballo, estando frente al tablado, aleé la vista para ver á Clarita, la vieja creyó que á ella le dirigía mi mirada, y llena de entusiasmo me gritaba: Muy bien, Pepito, muy bien. Palmoteaba frenética, obligando á las demás á que la imitaran; y dando un puntapié á Clarita le decía: Aplaudes, mujer, aplaudes. Ella alzó los hombros para arriba para darle á entender que no quería, medio descubrió el clavel, lo besó violentamente, me sonrió llena de placer y se quedó volteando la cara para otro lado muy indiferente. — Ya ve vd., señor cura, lo que le dije, ni las muestras de regocijo comprende, es una verdadera idiota, que come, bebe y anda porque Dios es grande, deseos tengo de verla contenta un instante, de oírle reír, parece de palo, es como la papa, nada le cala. — ¡Qué lástima! volvió á exclamar el cura, en fin vale más que el Diablo la agasaje y esté quieta, que no que se la quiera llevar y la haga derramar lágrimas. — Sí, señor cura, por eso le fomento yo esas ideas de paz. — Escucha, Clara, á tu Diablo galante quíerelo mucho, eh, ya ves que te regala flores y es necesario que no seas ingrata, correspóndele su amor, ¿me entiendes? — Sí, sí, sí, sí, repitió muchas veces con gusto meneando la cabeza al mismo tiempo de arriba abajo; yo escuchaba todo y decía entre mí: Atiza, vieja indina, atiza, que no dilataré en darte las gracias ó pegarte una punta de patadas, persuadiéndome cada vez más, de que no carecerían de fundamento las sospechas de tío Marcelino. Compadecido de aquella pobre criatura, crecía mi odio contra la chicharra, y cierto presentimiento me decía, que no había en Clarita nada de demencia: era muy viva, tenía buena comprensión y bien estudiado su papel; ya no dudaba de que era una víctima sacrificada á la vil codicia, resonando en mis oídos á cada instante sus palabras: «*vd. será mi ángel salvador, no me abandone*», y no podía borrar de mi fantasía sus maneras suplicantes y las lágrimas que asomaron á sus apacibles ojos. Por fin, á las tres se suspendió el culeadero, tanto por la fuerza del sol que molestaba, como porque se hizo hora de comer, le dí mi caballo y espuelas á tío Marcelino y

me dirigí para el tablado con otros compañeros que luego trataron de dar el brazo á las niñas, tocándome la renegada de llevar á la vieja que fué la última en bajar, consolándome mucho al ver que la seguía Clarita. Le ofrecí el brazo á la cáncama y esperé á la loca; cuando estuvo cerca le dije: Aquí hay lugar, niña, arrímese vd., y le presenté mi brazo derecho que era el desocupado, ella se quedó parada sin darse por entendida. — ¿Qué no oyes, le dijo D^a Rufina, no seas grosera, agárrate del señor? Tampoco hizo caso. ¿Agárrate, mujer, yo te lo mando? Jesús, Jesús, qué imbécil Y á fuerza le tomó la mano y la puso dentro de mi brazo llena de cólera. — No la maltrate vd., le dije, tal vez no le gusta, para que ha de ir mortificada, que se vaya sola y no haga vd. cólera. — No, D. Pepe, le he de quebrar la voluntad, y que no sea caprichosa, ha de hacer lo que yo le mande; además de que conviene que vaya con nosotros porque no nos vean solos; tengo que decirle cuatro palabras y es necesario aprovechar el tiempo, por eso me he quedado atrás y estaba tamañita de que mi plan viniera á tierra. Colocó bien su mano Clarita abarcando mi brazo, y me hizo sentir el movimiento de sus dedos como por preventiva; yo correspondí á su insinuación apretando mi brazo con su mano contra mi cuerpo, y echamos á andar. — ¡Ay, D. Pepe! exclamó D^a Rufina, colgándose de mi brazo izquierdo, ha quedado vd. como ninguno, merece su medio de carita, cada caída que daba, cada aplauso que le hacían, me electrizaba, no hallaba cómo demostrar mi júbilo, porque como aprecio á vd. los recibía como á mí: tengo un corazón tan sensible, soy tan extremosa cuando me dedico á querer á alguna persona que me simpatiza, que no está en mi mano poderme contener; yo no sé qué tiene vd., Pepito, que me ha cautivado, que... Y exhaló un suspiro, se cargó más en mi brazo y quiso descansar su asquerosa cabeza sobre mi hombro; pero olvidándose de su hermosa cornamenta, por poco se rompe una potencia contra el ala de mi sombrero, que á no ser dura me lo rompe de la embestida. — Señora, le contesté, silencio; haciéndole con los ojos seña para la derecha, hay culebra en el charco. — No tenga vd. cuidado, es una bestia, podemos hablar con libertad, está loca. — Sin embargo, creo que será prudente. — Para tranquilizar á vd. le diré que

sólo tiene una idea fija y de ahí nadie la saca, ahora por ejemplo, está muy enamorada de una flor que se ha imaginado que le dió su Diablo, un ser cualquiera que se supone. — ¿Conque le da por enamorarse? — Por mil extravagancias, si cada día se va poniendo más rematada, ya no hallo cómo salir de semejante engorro, me quema la sangre, me fastidia, el día menos pensado la encajo en una casa de locas; ya no la puedo aguantar, ha sido causa de mil disgustos, la odio de muerte, á vd. se lo comunico porque merece mi confianza. En cada palabra me daba Clarita un toquecito de dedos. — Conque déjese vd. de temores y hablemos de lo que nos interesa. — Puede vd. decir lo que guste, pero los locos y los niños dicen las verdades. — Voy á convencer á vd. de una vez. Se soltó de mi brazo y le preguntó á Clarita parándosele enfrente: ¿Quién te dió ese clavel? — Mi diablo. — ¿Pero dónde está ese Diablo? — Aquí, y señalando la frente con la mano derecha mientras con la izquierda me apretó mi brazo fuertemente. — ¿Es hombre, bestia, ó cómo te lo figuras? — Es mi Angel, así se lo he dicho y le he pedido que no me abandone. — ¿Y qué te respondió? — «Nunca, Clarita de mi alma, mi corazón y mi vida te pertenecen.» — ¿Por eso estás tan empeñosa en conservar su regalo? — Sí y á cada instante lo beso para que conozca que también lo amo. — ¿De cuándo acá te ha dado por quererlo? — Desde que vi que no le era yo indiferente y le causé lástima. — ¿Y se te declaró luego luego tu más apasionado amante? — Sí, luego en sus miradas leía yo lo que quería darme á entender, y me nació de corazón quererlo. — Pues quíerelo mucho, yo te lo permito, descúbrele tus penas, entrégale tu corazón y fomenta tus ilusiones, yo te doy el parabién y me alegraré que te haga feliz. — Gracias, Rufina, ya veo que no me quieres mal, déjame con mis ideas y haz lo que te parezca. — ¿Qué cosa le estaba yo diciendo á este señor? — No sé, no me importa, yo no más pienso en mi Angel. — Ya ve vd. D. Pepe, ya cambió, ahora ya no es Diablo, es Angel. — Sí, sí, aquí están los dos, mi Angel y mi verdadero Diablo, y repitió sus señas. — Qué tal, ya son dos los que ocupan su fantasía y dentro de poco aumentará el número. — Aumentarán los Diablos, replicó ella, no dilato en verlos; pero mi Angel vale por todos; y

ahora si los desprecio, los abomino, los... Ya no le hablemos de eso, ya empezó á cargar el juicio y ahora es capaz de suponerse en el infierno. — Si en el infierno, en el infierno mientras mi Angel no me lleve á la gloria.

— Dejémosla disparatar y volvamos al asunto: como le dije á vd. no soy dueña de mi misma, lo que por vd. sentí al verlo tan obsequioso y caballero, no lo sabré explicar; pero vd. como hombre de capacidad conocerá mi tormento, soy muy impresionable y sin que entienda que soy una descocada, una mujer sin vergüenza, le confieso mi delito, Pepito; siento al estar á su lado yo no sé qué cosa, no me cabe el corazón en el pecho y la verdad yo lo... Y me tiró otra cornada más furiosa que la anterior, echándole una rayada á la falda de mi sombrero, mientras Clarita me repicaba los dedos, riéndose á solas de la declaración, tan fuera de tiempo, de la vieja, repitiendo: ¡El infierno, el infierno, los Diablos! Yo quise llevar adelante la broma, y le contesté: Señorita, y apreté mi brazo con la mano de Clarita. — Yo también desde el instante que la vi, sentí cierta emoción; que no sé cómo explicarla; me dirije á la amante solamente, y apreté mi brazo de firme, le estimo mucho que con tanta franqueza me haya declarado que me ama, y debe estar en la inteligencia de que vive correspondida. Al sentir junto á mi cuerpo el calor de su mano, me electrizo, siento un fuego que circula por mis venas, me embriaga, me encanta, tampoco soy dueño de mis acciones y yo no sé lo que por mí pasa; estoy loco, loco de amor y permítame que la estreche contra mí... Alcé mi codo derecho, Clara comprendió mi objeto, acercó su cabeza y la apreté contra mi costado lleno de placer al tiempo que, escorzando el brazo izquierdo, le dí garrote al de D^a Rufina, que siendo casi sólo la canilla me pareció apretar un palo. No pudo su corazón resistir á la emoción, puso unos ojos de borrego y tiró el tercer tope, tan fuerte, que me aventó el sombrero, se le despuntó una asta y tronaron dos ó tres dientes de la peineta; á no ser porque el lance era comprometido suelto una carcajada al ver las contorsiones de la vieja que me decía echándoseme encima: ¡Ay! ¡ay! Pepito, ¡me precipitas! ¡Jesús, no sé lo que me da! siento un bochorno, que... y acabó de descansar su cabeza contra mí, que al per-

cibir la pestilencia de ella, se me revolvió el estómago y volteaba la cara para mi derecha, diciendo : — Prudencia, señora, prudencia; parecemos los tres locos y locos de atar, déjeme alzar mi sombrero. Y con este pretexto me la quité de encima desprendiéndome de las dos. Tomé el sombrero, y con semblante serio le dije : ¿Ya escuchó, señora, cuál ha sido mi respuesta á la amante que adoro? ¿sólo a ella, á mi amada? Pero ahora debo de hablar con la misma franqueza á la mujer casada. Es una majadería creer que yo pueda jamás abrigar en mi pecho una pasión criminal, nunca atropellaré los derechos de un marido, ni menos corresponderé á la locura de una casada, que por torpeza se atreve á declararme que me ama, porque si eso fuera verdad, no trataría de arrastrarme consigo á los infiernos. — ¿Pero cómo el corazón es tan caprichoso, D. Pepe? me contestó, somos las pobres mujeres tan frágiles, ya ve vd. el amor se va á donde quiere, no á donde lo envían. — Es verdad, señora, así dicen y en mí lo siento, mi corazón es el capricho andando; pero también la voluntad le va á la rienda, contengo sus caprichos quedando mis sentidos expeditos, veo á quién, cómo y de qué manera me dirijo, mi amor es puro y santo y no estoy tan ciego que no sepa distinguir las cosas, ¿comprende vd., señora? no puedo hablar más claro, ser más franco. — ¡Ah! sí, me respondió echando un suspiro, ¡maldita la hora en que me casé! En un acceso de mi sensibilidad olvidé que traigo arrastrando una cadena, ¡gracias, D. Pepe, por sus consejos tan á tiempo! perdone mi desvarío; pero estoy conforme con saber que no es indiferente á mis sentimientos, prométame que con el tiempo se llegarán á entender nuestros corazones, y mientras, no me desprecie. — Le prometo á vd., señora, que no ha de dilatar mucho en que nos conozcamos bien, y que nos queramos tanto, cuanto lo exijan las circunstancias de cada cual, y sus hechos; obras son amores y no buenas razones. — Con esto me contento, Pepito, soy feliz, y no pierdo la esperanza de...

CAPÍTULO IX

El secreto. — Celos. — Guerra á muerte. — La ganancia. — Los fingimientos. — El medio muerto. — El casamiento. — El Dedo de Dios.

En esto llegamos á la hacienda, la vieja se metió para la sala á saludar á otras nuevas visitas dándome un apretón en el brazo en señal de cariño, meneándose al andar con la cornadura gacha : Clarita me dijo al soltar mi brazo : Brínquese por el corral de los bueyes para el jardín, allí lo espero, luego luego, y partió. Á los cuatro minutos estábamos ocultos debajo de un emparrado, se me hincó repitiendo sus palabras, diciéndome : — Por el amor de Dios, D. Pepe, que me socorra, que me saque de las garras de estas fieras que me están devorando. La levanté, y estrechándola contra mi seno, me lo humedeció con sus lágrimas y prosiguió : — Hace muchos años, toda mi vida, que soy la víctima de Rufina, de mi pilmama; quiero hacer á vd. depositario de un gran secreto, de que ha dependido mi existencia, he tenido pendiente la vida de un hilo : hoy la Providencia te me envía., Dios ha escuchado mis fervientes oraciones, y condolidose de mi amarga situación : vd. me salvará, mi corazón me lo anuncia, llegará el día de la justicia, esos viles criminales no se saldrán con la suya, y su infame delito no quedará impune! Todos me tienen por loca, yo los mantengo en ese error, sólo así he podido conseguir algún descanso, á pesar de que en tan triste papel sirvo de diversión al mundo entero, soy la mofa, el escarnio, y por decirlo de una vez, el juguete de mis mismos enemigos. ¡Ese vil de mi padrastro, esa arpía de Rufina, ávidos de codicia, son ante mis ojos los entes más despreciables : todo lo sabrá, yo le contaré despacio sus infamias y le repito que por el amor de Dios no